

las páginas de la "Guía oficial", diciéndonos en ellas que podemos formarnos á voluntad nuestro itinerario, trazarlo en el mapa de la red de ferrocarriles y comprar el billete circular con rebaja á razón de los kilómetros que nuestro trazado comprenda. Aplausos, felicitaciones. Sólo que... ¡ya me extrañaba á mí...! Disfavor segundo.

Sólo que, para lograr esta ventaja, hay que pedirla con ocho días laborables de anticipación, *lo menos* (sic), bajo nuestra firma, depositando una fianza de diez pesetas; y si en el plazo de otros ocho días, *lo más*, festivos y laborables, no recogemos el solicitado billete, perdemos el derecho á la devolución del depósito y tenemos que constituir nueva fianza.

Vamos, era milagro... Con tales tranquilas, ligaduras, compromisos y resabios del expediente español, la ventaja es ilusoria. Y si la Compañía trataba de implantar una cosa útil, ¿por qué no lo hizo? ¿A qué fianzas, documentos, multas y retrasos? Si trató de imitar á Suiza, ¿por qué no la imitó efectivamente? Allí se compra en la taquilla billete para un trayecto de dos, tres, cuatro mil kilómetros. Lo gastáis como se os antoja, en la dirección que os viene en gana, con largo plazo y libertad de asunto. Ese sí que es itinerario "á voluntad del viajero".

Ya está aquí el sudexpreso, á las altas horas, rápido como un ave, silencioso porque todos duermen dentro de los departamentos cerrados. Me deslizo en un *sleeping* y despertaré en la raya.

III

PRIMER TESTIMONIO

A. D. Andólin López Peláez.

Desde el año pasado el sudexpreso ha vuelto por su honra; ó sin retóricas embusteras, han compuesto la vía, y el camino, salvo en un cortísimo trecho antes de Burdeos, está como todos. No creo que tengan los lectores fijo en la memoria mi artículo "De San Sebastián á París en barco de vapor", pero difícilmente se olvida la catástrofe que de allí á muy pocos días vino á confirmar las indicaciones de mi artículo, y cuyas consecuencias (las de la catástrofe) no ha mucho costaron la vida al vizconde de Irueste. Mientras la vía no se descomponga otra vez, vivamos tranquilos, aunque estas cosas "están de Dios", como dice la gente; lo cual no impide que sucedan según las añasca el diablo de nuestro abandono y desidia.

No por desidia, sino por exceso de celo en los empleados de Venta de Baños al expedir mi equipaje, no pude yo continuar á París en el sud, y hube de aguardar al primer expreso. En

él subió, cerca de Dax, un viejo sacerdote. La gente de Burdeos es como española, y si yo dudase de que en muchísimos respectos los Pirineos no existen, confirmarían mi creencia casos como los de este buen señor, españolísimo en lo campechano y en lo aficionado á palique. Apenas advirtió, por mi manera de pronunciar el francés, mi nacionalidad, me soltó el Catecismo de preguntas. Contesté como pude, á reserva de desquitarme.

La casualidad me proporcionaba ocasión de conocer de un modo auténtico un aspecto relativo de la opinión en Francia. El cura bordelés —que se dirigía á Orleans á pasar unos días con un hermano suyo, en el campo—era un ejemplar bien conservado y caracterizado de la transformación ó evolución de la antigua especie legitimista, la que tenía la casa llena de retratos del conde de Chambord, y decía, como el tejedor Méraut de *Los reyes en el destierro*: "Ea, á ver cuándo se determina á venir el rey nuestro Señor... Se nos va acabando la cuerda." Tipo simpático á fuerza de sinceridad, es inútil intentar convencerle de nada, y debe respetársele la pátina como á los objetos de museo. ¿A qué iba yo á porfiar con el señor cura, persona, por otra parte, bien educada, para que se persuadiese de que en España, hoy por hoy, nos hacen más falta muchas escuelas, muchos colegios buenos y otras zarandajas, que una nueva guerra civil? El creía que con acercarse á la frontera, D. Carlos de Borbón nos sacará del abismo. Era, además, el amable sacer-

dote de esos que preguntan, pero tienen su opinión hecha y la afirman de un modo que no admite objeciones. A cada detalle que yo le daba acerca de nuestra situación actual, tan risueña como nadie ignora, se dilataba su rostro, frotábase las manos de gusto y repetía: "¡Tanto mejor, tanto mejor! Todo eso va á soliviantar más y más los espíritus y tendréis la guerra, la hermosa guerra vuestra, la épica guerrita, que esta vez traerá la solución con la monarquía legítima. ¡Oh, si Francia estuviese como España!"

—Antes se la trague una ballena — no podía yo menos de pensar, aunque me lo guardaba por no molestar al señor "abbé". Cuando llegó mi turno de preguntas, observé con sorpresa que el cura, al tratarse de su país, pareció recobrar la transigencia y la lucidez. Se le quitó el sonambulismo; el miraje español, que extraía sin falta las imaginaciones francesas, dejó de actuar, y á guisa de globo que pierde el oxígeno, se mostró huero de ilusiones y penetrado de sentido común.

—Aquí los monárquicos, aunque contasen con el ejército, pierden el tiempo: no tienen candidato presentable. En lo relativo á las congregaciones y asociaciones religiosas, tampoco habrá conflictos: no pasará nada; la ley, hecha con gran habilidad, para que no parezca una ley perseguidora (ya sabe usted que Waldeck-Rousseau no quiere mártires), no ocasionará disturbios. Aquí se verifica un fenómeno curioso; absolutamente lo contrario ("la contem-
plación de la guerra civil")

tie") de lo que ocurre en su patria de usted. Allí las masas, sobre todo en las ciudades, están contra los religiosos, y el gobierno les protege y les halaga, supongo que temeroso de la guerra civil. Aquí las masas no alimentan hostilidad alguna contra los religiosos ni contra el clero: donde quiera somos respetados; y es que se sabe que el gobierno, lejos de mimarnos, aprieta (especialmente á ciertas congregaciones) cuanto puede.

Sorprendida de la exactitud de la observación, le rogué que me explicase mejor la situación presente.

—Hay que considerar — repuso el sacerdote — varias etapas, y sin un poco de historia nada comprendería usted. Hace un cuarto de siglo, allá en 1879 ó 1880, existía en Francia un activo movimiento anticlerical. Lo capitaneaba Julio Ferry. Entonces se cometieron brutalidades, se cerraron violentamente colegios y conventos, se expulsó á los jesuitas casi á viva fuerza. Pasó aquella racha, las almas se pacificaron y advino eso que llaman "el espíritu nuevo", de benevolencia mutua. A favor de la tregua, la Iglesia hizo progresos muy grandes: la enseñanza suya compitió, á veces ventajosamente, con la oficial; porque tenemos un plantel de sabios y de educadores. Esto duró como diez y ocho años, hasta que vinieron dos sucesos fatales: la leyenda del millar de millones y el asunto Dreyfus. Se divulgó que las Órdenes poseían valor de mil millones de francos en propiedades, en manos muertas—sin reparar en las

obras de beneficencia y enseñanza en que los invierten—y se vió que el partido católico se arrojaba, con violencia extraordinaria, contra Dreyfus, ayudando á la agitación antisemítica. Una cuestión que debía ser puramente jurídica, se transformó en un peligro muy serio para el Estado é hizo renacer discordias y furores que parecían olvidados en una nación atenta á reponer sus fuerzas. Los padres asuncionistas, que son la extrema derecha de las Ordenes, adoptaron una actitud provocadora, y su periódico *La Cruz* se desató en improperios y denuestos, no sin profundo disgusto de varios prelados, que veían venir la nube... El celo imprudente dió sus frutos: la reacción antimonástica era de temer en un gobierno socialista, que se asusta del capital reunido por la Iglesia, y no se asusta de las fortunas ilimitadas y difíciles de justificar de los banqueros y judíos. Y la nube estalló, primero sobre los asuncionistas, suprimidos, cuyo periódico ha tenido que pasar á manos laicas y adoptar un lenguaje más moderado—ahora sobre los jesuitas y otras congregaciones, y contra su hacienda especialmente.—La consigna parece que es debilitar por la sangría del bolsillo, que no da aureola ni prestigio como la sangría de las venas...

Me hizo gracia esta última frase del "abbé", relativa al martirio económico, y como cruzásemos las Landas, vi que mi interlocutor señalaba á los innumerables pinos que mostraban la entalla de su tronco, fluyendo resina rojiza.

—¡Siempre sangrados, siempre heridos y

siempre en pie!—añadió con un impulso fervoroso, unido á bastante énfasis meridional.—No crea usted que se desalientan. Los jesuitas, por ejemplo... ni aun saldrán de Francia. Se repararán en las casas amigas, á título de alojados; sus colegios no se cerrarán: pasarán á manos de profesores embebidos en los métodos de enseñanza de la Orden. Esto revela que tienen detrás de sí fuerza social. Los tiempos cambiarán, y ellos esperan. Mire usted—prosiguió sacando un periódico del bolsillo—lo que dice un eminente predicador jesuíta: “Si nos prohibiesen predicar, como ya alzarán la prohibición, tendremos tiempo de estudiar y perfeccionar nuestros sermones, que ahora hacemos algo deprimidos... Y cuando reaparezcamos en escena, vendremos tan mejorados, que nuestros caros amigos de las logias se caerán de espaldas. Pero somos buenos chicos, y les ayudaremos á levantarse.”

—Ese tono ingenioso y de cortés ironía es para mí una agradable sorpresa—exclamé,—porque vengo de donde no existe y porque revela urbanidad y criterio elevado. También—proseguí sacando otro periódico—me suena con extrañeza dulce por lo patriótico, lo que dice el dominico padre Raynal: “Somos ciudadanos franceses encargados de una sagrada misión; la obra de la educación de la infancia... No cambiaremos... Nuestra escuela de Soréze permaneció libre y en pie durante la revolución y sostendrá su gloriosa bandera que luce la enseña tricolor, los colores de la patria... Ante todo,

seamos buenos franceses... Digamos con el padre Lacordaire: ¡Plaza al sol francés para nosotros! La escuela de Soréze ni se arrastrará ni provocará... ¡Ah! Francia nos importa más que nosotros mismos...”

—Es que los dominicos—observó el cura—son la extrema izquierda de las Ordenes religiosas. Algunos llegan á alarmar por su liberalismo; recuerde usted al pobre padre Didón, que fue desterrado á Córcega...

—El caso es tanto más notable, cuanto que los dominicos llevan consigo la tradición inquisitorial. ¡Vea usted una Orden española, los hijos de Santo Domingo de Guzmán! Un elemento español de la Iglesia...

Apenas hube nombrado á España, como por magia se transformó la fisonomía del buen bordelés. Sus ojos brillaron, irguió la cabeza y pronunció:

—¡Ah! ¡Espero que van ustedes á tener su épica guerra muy pronto!

—¿Pero no sería mejor—objeté—que allá penetrase ese bendito “espíritu nuevo”, la calma, la transigencia, ó al menos la lucha cortés en el terreno de la inteligencia, de la educación y de las buenas obras?

—No tal—afirmó el “abbé” sacando su libro de rezo, encuadernado en negro con cantoneras de plata.—Ustedes tienen otro papel. ¡España “es otra cosa”! ¡Aquí, bueno; pero allá! Ustedes deben permanecer en su puesto; ustedes mantendrán lo que no debió morir.

Comprendí que reaparecía la estirpe del te-

jedor Méraut, que actuaba el espejismo, y callé, mientras el sacerdote, persignándose, se enfrascaba en sus horas canónicas, arrullado por la trepidación del tren que, despacioso, entraba en la estación de Burdeos.

IV

EL PAÍS DE LA PINTURA

A Aureliano Beruete.

Este viaje belga, que emprendo por el rápido de las ocho de la mañana, á fin de no perder la vista del paisaje, desconocido para mí, es realmente, por lo que hace á las distancias, un viaje de muñecas; todo está tan cerquita que, según noticias, el trayecto más largo, el de París á Bruselas, dura unas cinco horas, y los restantes comprendidos en el billete circular—á Lovaina, á Malinas, á Amberes, á Gante, á Brujas, al mismo puerto de Ostende—son expediciones recreativas, meros paseos en tren ó en tranvía eléctrico. Pero en el reducido espacio de los veintinueve mil kilómetros de superficie y las nueve provincias que forman la pequeña nacionalidad belga, y en la parte de Francia que con ellos confina, ¡qué mundo de recuerdos para nosotros, qué ecos marciales de choque de corazas y tronido de arcabuces, despertándose al resonar los mágicos y profundos nombres de San Quintín, Breda, Amberes, Maestricht y

Gante! Como dice el *Aguilucho* en la escena más épica del poema de Rostand, si los hombres se han olvidado, la tierra se acuerda, y bajo este terruño bien cultivado, de aspecto pacífico, se me figura que aún rebullen, ceñudos y coléricos, los enjutos veteranos del tercío viejo de Flandes, que dejaron sus duros huesos en tierra de herejes, y no se avienen á dormir así, bajo la superficie calada por la bruma, lejos del suelo castellano ó aragonés, que el sol penetra y calienta con sus besos de oro.

Y más aún que la historia, ensancha los términos del país flamenco y lo magnífica elevándolo á la región de lo eterno y lo infinito, el Arte, con mayúscula; el Arte, cima y corona de la vida sensible; el Arte, ante el cual todo es sombra y vanidad y miseria,—las luchas, los adelantos, la misma evolución de la humanidad hacia el progreso general, evolución que el Arte desdén—¡como que no va con él!, pues es condición del artista llegar de una vez, por modo divino, por instantánea efusión del alma en la belleza, á los ápices de lo sublime accesible, cualquiera que sea el estado social que le rodee. Para el Arte, bien mirado, es indiferente el estado de la sociedad—aunque el Arte lo traduzca con intensa emoción y expresiva fidelidad.—No sabré decir cuánto me puso pensativa este problema del Arte, al mirar detenidamente, hará dos ó tres días, en el Museo del Louvre, la reconstrucción y los trozos auténticos de un extraño monumento antiguo que, gracias á la diligencia y á la paciencia de Mr. Dieulafoy y de su esposa,

misioneros científicos, fue desenterrado y limpio de la arena que lo cubría, en los desiertos, un tiempo jardines, de la Bactriana, en Susa. Los aficionados ya adivinarán que me refiero al curioso y bellissimo palacio de Artajerjes Memnon. Ni el arquitecto que ideó el palacio, ni el adornista que diseñó su decorado, ni los ceramistas que lo ejecutaron, tienen nada que aprender, en su línea, de ningún artista del Renacimiento ni de la Edad Moderna. Creencias, mitos, instituciones, concepciones sociológicas, aspiraciones inmensas y tumultuosas de las razas y los pueblos, allá y atrás quedan; no guardamos memoria de las dinastías ni de los poderes que erigían estos palacios colosales; hasta la Naturaleza varió: era un oasis y es un erial; si resucitase Artajerjes Memnon, lo enseñaríamos por dinero como á Rama-Sama... pero al arquitecto, al decorador, á los que dibujaron y dieron color y cocieron en esmalte vítreo esos maravillosos arqueros, esos leones del friso del palacio, ¿qué haríamos en buena ley, sino saludarles respetuosamente? Cuanto hayamos podido adelantar no les importa: se ríen de ello, mostrando los blancos dientes realzados por la barba negrísima, rizada en simétricos y encaracolados bucles.

Y así como no se ha dado un paso "adelante", aunque sí muchos "en otro sentido", en ciertos aspectos del Arte, desde Artajerjes Memnon, tampoco la pintura (á pesar de todos los esfuerzos de los artistas modernos devorados por la fiebre de la indagación y transcripción fiel y el

ansia noble y legítima de emitir su nota personal) irá más lejos que fue en los Países Bajos desde el siglo xv, y casi podemos decir que desde el xiv.

Ya en el xiv, el minnesinger ó trovador Volfrango de Eschenbach, en su "Parsifal", ensalza á los pintores flamencos. A un pintor de esta tierra, uno de los Van Eyck, se atribuye la invención de la pintura al óleo. Y á partir de las tablas de los primitivos, ¡qué hueste de maestros, qué hormigueo de obras! El patético Van der Weyden (ahí está una de sus elegías más tiernas, dos veces reproducida en el Museo del Prado, una en el Escorial), el soñador Memling, el fuerte Matsys, el insinuante y sugestivo Patinir (¡qué "Tentación de San Antonio" existe ahí también!), la dinastía de los Brueghel, y después, con el Renacimiento, Rubens, cuyo nombre lo dice todo; Van Dyck, Cornelio de Vos, Gaspar de Crayer, Snyders el animalista, Jordaens, David Teniers, Rembrandt! ¡Rembrandt y su "Lección de anatomía", que me llevará, como tirando de mí por un hilo invisible, hasta el Museo del Haya! Y no se queden en el tintero Alberto Cuyp, Pablo Potter (único en su género), Franz Hals, Terburg, Metz, y ese Ruysdael que ha sentido la luz y la frescura de los árboles y de las praderías con tal encanto.

Me prometo gran goce en los museos chiquitos, ó al menos, de proporciones razonables. Porque en las visitas á los museos fundamentales, como el de Madrid y el del Louvre (no hablo de los de Londres, hace mucho tiempo

que los ví y necesitaría verlos otra vez), se sufre fatalmente una sensación de cansancio, de agotamiento, una pérdida de fluido nervioso, de que llega á resentirse la salud. Comprendo muy bien (aunque no dejo de presentir las incalculables dificultades que ofrecería suprimirlos) la cruzada hoy emprendida contra los museos. No sólo mutilan la realidad y almacenan lo que no se hizo para estar almacenado, sino colocado en su atmósfera propia—el cuadro en la iglesia ó en el palacio, la estatua en la plaza ó en el monumento, el relicario en el altar, el retrato en el hogar,—sino que son un instrumento de desgaste de los más terribles. Entramos en el museo; se apodera de nosotros un insano afán; queremos verlo todo, poseer la belleza por sorpresa y rapto; nos estamos allí horas y horas, y á la salida las impresiones se han confundido, como las palabras cruzadas en el rollo fonográfico. No hace daño ver árboles y playas cinco horas, seis, ni diez, pero las obras de Arte, á las dos horas, han generado calentura, excitación insana, ó un abatimiento semejante á la neurastenia. En mis recientes visitas á los museos de París he recordado una frase que solía repetir Tamayo y Baus: "El Arte es el diablo".

Y para ver á Rubens, por ejemplo—me preguntarán,—¿qué necesidad hay de llegar hasta Bruselas, Amberes y Malinas? Nuestro museo nacional conserva algunas de las perlas más nacaradas del estuche. En París han instalado á Rubens como merece, como á un rey, y ocu-

pa él solo un salón opulento, donde sus grandes composiciones decorativas, Historia de Enrique IV y María de Médicis, sirven para lo que deben servir: decoran. — No importa: á los pintores flamencos en general, á Rubens en particular, hay que buscarles donde tienen la raíz. Por viajero que haya sido Rubens, su educación pictórica, su formación, son flamencas, flamencos sus maestros, y hasta el eclecticismo de su pintura pudo ya encontrarlo en uno de éstos, el que más acción ejerció sobre el glorioso alumno. El día en que la fuerza, el vigor adquirido y reconcentrado por la moderación y la paciencia, virtudes de la raza, se depositan en un alma, ese día nace Pedro Pablo Rubens. La pintura flamenca es calma, es lentitud, es observación, es sincerísima reproducción de lo que rodea al pintor; no sé si alguien lo habrá dicho, pero creo notar que todo flamenco es retratista, aunque lo que retrate sea una cacerola; su arte rebasa lo genérico de la copia y llega á lo expresivo, á lo particular del retrato. Este resultado no se obtiene sino trabajando despacio, y la flema, poco á poco cuajada, se vuelve sangre. La explosión de la raza en el ardor y el ímpetu desenfrenado, temperamental, de un sanguíneo: eso es Rubens. Quiero verle en su casa, en su fondo, en su cielo; encontrar en Bruselas "La Subida al Calvario", en la soñolienta Malinas la soberbia "Adoración de los Magos" y "La pesca milagrosa", y en Amberes —la propia patria de Rubens,— en Nuestra Señora, "El descendimiento" y "La crucifixión"...

¿En qué quedamos? ¿Voy á admirar cuadros ó á enterarme, para enseñanza mía, y quiera Dios que de alguien más, de lo que sucede en Bélgica, nación católica y progresiva, emporio de cultura? Yo misma no sabré nunca hasta qué punto me llama siempre el Arte, distrayéndome de cualquier preocupación, de cualquier interés de la existencia. Es el ópio, es el Lefeo, es la esencia de cáñamo indiano, que en su vapor difuma las demás representaciones, embriagando suavemente. Para todo habrá lugar, sin embargo, y la prueba es que no empiezo mi peregrinación por ningún museo, sino que bajaré en Taminés para seguir á la Abadía de Benedictinos de Maredsus.